

**Donald Davidson**

Mente, mundo y acción

Introducción de Carlos Moya

Paidós/I.C.E.-U.A.B.



Davidson

hubieran ocurrido; y, desde luego, descubren dificultades que yo no siquiera imaginé. Los lectores y las lenguas extranjeras amplifican estos efectos y con ellos los beneficios consiguientes en cuanto a penetración y objetividad. Sé por mi experiencia pasada cuánto puedo aprender de los filósofos de habla hispana, y me sorprendería que un resultado del presente libro no fuera el ensanchamiento de mi horizonte.

DONALD DAVIDSON  
California, diciembre de 1991

## EL MITO DE LO SUBJETIVO

El tema del que se ocupa este ensayo tiene una larga tradición: se trata de la relación entre la mente humana y el resto de la naturaleza, entre lo subjetivo y lo objetivo, según hemos dado en pensarlos. Este dualismo, aun siendo a su modo demasiado obvio para ser cuestionado, arrastra consigo en nuestra tradición una pesada, y no necesariamente apropiada, carga de ideas asociadas. En la actualidad, algunas de dichas ideas están siendo sometidas a un detallado examen crítico, cuyo resultado lleva consigo la promesa de un cambio abismal en el pensamiento filosófico contemporáneo, un cambio de tal hondura que podría llegar a pasarnos inadvertido.

Aunque el presente ensayo es claramente tendencioso, no tiene como objetivo primario la conversión del escéptico; su propósito principal consiste en describir, desde un determinado punto de vista, un episodio reciente, ampliamente reconocido, en el desarrollo de la reflexión sobre los contenidos de la mente, y en sugerir algunas de las consecuencias que, en mi opinión, se siguen de él.

Las mentes son muchas; la naturaleza es una. Cada uno de nosotros ocupa su propia posición en el mundo y tiene, por tanto, su propia perspectiva del mismo. Es fácil dejarse deslizar desde esta verdad obvia hacia una noción confusa de relativismo conceptual. El punto de partida no es más que el relativismo, familiar e inocuo, de la posición que se ocupa en el espacio y el tiempo. Puesto que cada uno de nosotros ocupa con exclusividad un determinado volumen de espacio-tiempo, dos de nosotros no podemos hallarnos exactamente en el mismo lugar al mismo tiempo. Las relaciones entre nuestras posiciones respectivas son inteligibles debido

a que podemos situar a cada persona en un mundo común y único y en un marco temporal compartido.

El relativismo conceptual puede parecer similar a éste, pero es difícil completar la analogía. ¿Cuál es, en efecto, el punto de referencia común, o sistema de coordenadas, al que cada esquema es relativo? Sin una buena respuesta a esta pregunta, la afirmación de que cada uno de nosotros habita, en algún sentido, un mundo propio deja de ser inteligible.

Por esta y otras razones he venido sosteniendo, desde hace tiempo, que la amplitud de las diferencias entre individuos o sistemas sociales de pensamiento tiene límites. Si se entiende por relativismo cultural la idea de que los esquemas conceptuales y los sistemas morales, o los lenguajes asociados a ellos, pueden diferir globalmente entre sí, hasta el punto de ser mutuamente ininteligibles o inconmensurables, o de situarse para siempre más allá del alcance de un dictamen racional, en ese caso rechazo el relativismo conceptual.<sup>1</sup> Entre distintas épocas, culturas y personas hay, desde luego, contrastes que todos reconocemos y con los cuales nos enfrentamos; pero se trata de contrastes que, con una actitud comprensiva y con esfuerzo, podemos explicar y entender. Los problemas se presentan cuando intentamos incluir la idea de que podría haber diferencias más globales, ya que esto parece exigir de nosotros (de manera absurda) que adoptemos una actitud externa a nuestro propio modo de pensar.

En mi opinión, no entendemos la idea de un esquema realmente extraño. Sabemos qué son los estados mentales y cómo se identifican correctamente; son, sencillamente, esos estados cuyo contenido puede llegar a descubrirse por medios bien conocidos. Si otras personas o criaturas se hallan en estados que no es posible descubrir mediante esos métodos, puede que esto no se deba a un fracaso de nuestros mé-

1. He ofrecido argumentos en favor de esta posición en «On the Very Idea of a Conceptual Scheme», reimpreso en *Inquiries into Truth and Interpretation*, The Clarendon Press, 1984.

todos, sino a que dichos estados no merecen propiamente el nombre de estados mentales: no son creencias, deseos, anhelos o intenciones. El sinsentido en la idea de un esquema conceptual situado para siempre más allá de nuestro alcance no responde a nuestra incapacidad de comprender un esquema semejante o a otras de nuestras limitaciones humanas; se debe simplemente a lo que entendemos por un sistema de conceptos.

Muchos filósofos no se sienten satisfechos con argumentos de este tipo, ya que consideran que el relativismo conceptual puede hacerse inteligible de otro modo. Parece, en efecto, que seríamos capaces de entenderlo a condición de que pudiéramos encontrar en la mente un elemento no afectado por la interpretación conceptual. En este caso, sería posible considerar los distintos esquemas como relativos a este elemento común y asignarles la tarea de organizarlo. Este elemento común es, desde luego, alguna versión del «contenido» de Kant, de las impresiones e ideas de Hume, de los datos sensoriales, de las sensaciones no interpretadas o de lo dado a los sentidos. Kant pensaba que tan sólo era posible un esquema; pero una vez que el dualismo de esquema y contenido se hizo explícito, se puso también de manifiesto la posibilidad de esquemas alternativos. Esta idea se expresa con claridad en la obra de C.I. Lewis:

En nuestra experiencia cognitiva hay dos elementos: los datos inmediatos, como los de los sentidos, que se presentan o se dan a la mente, y una forma, construcción o interpretación, que representa la actividad del pensamiento.<sup>2</sup>

Si pudiésemos concebir de este modo la función de los esquemas conceptuales, el relativismo aparecería como una

2. C.I. Lewis, *Mind and the World Order*, Scribner's, 1929, pág. 38. Lewis declara que es tarea de la filosofía «revelar los criterios categoriales que la mente aplica a lo que le es dado» (pág. 36).

posibilidad abstracta, pese a las dudas acerca de cómo podría descifrarse un esquema extraño: la idea sería que los distintos esquemas o lenguajes constituyen formas distintas en que se puede organizar lo dado en la experiencia. Según esta concepción, no habría punto de vista alguno desde el cual pudiéramos inspeccionar tales esquemas ni, probablemente, modo alguno de compararlos o evaluarlos en general; no obstante, en la medida en que creyésemos haber comprendido la dicotomía esquema-contenido, podríamos imaginar que distintas mentes o culturas reconstruyen de formas diversas el flujo immaculado de la experiencia. De este modo, cabría sostener, el relativismo conceptual puede disponer del elemento con el que se relacionan los esquemas alternativos: ese elemento es lo dado sin interpretación, los contenidos de la experiencia no sometidos a categorías.

Esta imagen de la mente y de su lugar en la naturaleza ha definido, en gran medida, los problemas que la filosofía moderna se consideró obligada a resolver. Entre ellos se encuentran muchas de las cuestiones básicas referentes al conocimiento: cómo conocemos el «mundo externo», cómo sabemos de otras mentes e incluso cómo llegamos a conocer los contenidos de la propia. Pero también deberíamos incluir el problema de la naturaleza del conocimiento moral, el análisis de la percepción y muchas cuestiones inquietantes en el ámbito de la filosofía de la psicología y en el de la teoría del significado.

En correlación con este catálogo de problemas o de áreas problemáticas tenemos una larga lista de formas en que el supuesto contraste esquema-contenido ha hallado expresión. El esquema puede concebirse como una ideología, un conjunto de conceptos adecuados a la tarea de organizar la experiencia en objetos, eventos, estados y combinaciones de ellos; o bien, el esquema puede ser un lenguaje, tal vez con predicados y otro utillaje asociado, interpretado para estar al servicio de una ideología. Los contenidos del esquema pueden consistir en objetos de un tipo especial, como datos sensoriales, objetos de percepción, impresiones, sensaciones o apariencias; o los objetos pueden disolverse en modifica-

ciones adverbiales de la experiencia: puede «aparecérsenos rojo».\* Los filósofos han mostrado cierto ingenio al inventar formas de expresar en palabras los contenidos de lo dado; tenemos, por ejemplo, esas extrañas oraciones, carentes de verbo, como «rojo aquí ahora», y las diversas formulaciones de las oraciones protocolares sobre las que discutían los positivistas lógicos.

Sin embargo, expresar en palabras la materia o contenido no es necesario y, según determinados puntos de vista, ni siquiera es posible. La división entre esquema y contenido puede sobrevivir incluso en un entorno preservado de la distinción analítico-sintética, de los datos sensoriales o del supuesto de que puede haber pensamientos o experiencias libres de teoría. Si estoy en lo cierto, éste es el tipo de entorno que nos ofrece W.V. Quine. De acuerdo con la «epistemología naturalizada» de este autor, no deberíamos pedir a la filosofía del conocimiento más que una explicación de nuestra capacidad de elaborar una teoría satisfactoria del mundo a partir de la evidencia con la que contamos. Dicha explicación se inspira en la mejor teoría de que disponemos: nuestra ciencia actual. La evidencia, de la que dependen en último término los significados de nuestras oraciones y todo nuestro conocimiento, está constituida por las estimulaciones de nuestros órganos sensoriales. Estas estimulaciones representan las únicas claves con las que cuenta una persona acerca de «lo que ocurre a su alrededor». Quine no es, desde luego, un reduccionista: «No podemos quitar los adornos conceptuales oración por oración». Sin embargo, según Quine, hay que trazar una distinción clara entre el contenido invariable y los adornos conceptuales cambiantes, entre «in-

\* Traduzco «redly» por «rojo» para evitar el horrrisno «rojamente». Sería impropio preguntar *qué* es lo que se nos aparece rojo. En este tipo de (pseudo) enunciados el adjetivo funciona adverbialmente para describir la manera o calidad del aparecer, no para atribuir una propiedad a un objeto. Fue R. Chisholm quien formuló claramente esta «teoría adverbial de la percepción» (en *Perceiving: A Philosophical Study*, Cornell Univ. Press, Íthaca, 1957, cap. 8), aunque hay algunos precedentes. (T.)

